

## De actualidad

# HIPERIRONÍA

¡Basta el hacha!  
Mercurio.

La ironía, señor, es muy peligrosa cuando se pasa de punto porque entonces marra en su obra propia. Pácase a hiperironía, que uno que no sepa griego escribiría “hypereironia” y uno dado a romancear diría “trasocarronería”. ¡Bueno!

Hace unos años el que esto escribe recogió en un artículo un ramillete de vaciedades regeneracionistas, las envencijó y les puso una coleta para salvo de su conciencia. Pues bien, quitándole la coleta el artículo corrió por periódicos como pieza de sólido buen sentido progresista. Y nos extraña como no figuran en antologías, como modelos de oratoria, el discurso que Flaubert en su “Madame Bovary” puso en boca de un prefecto en los comicios agrícolas y el que el gran Camilo, máximo novelista portugués, atribuye a Calisto Eloy, diputado por Miranda, en su novela “La caída de un ángel” (O sea: “A queda d’un anjo”).

Cuéntase de nuestro Alfonso el Sabio que en cierta coyuntura, después de comer bien y beber más bien aún, en un rato de buen humor, urdió un pequeño discurso hecho de muy saladas vaciedades y muy donosas tontunas y del cual es aquella inefable sentencia gedeónica de que “todos, pobres y ricos, somos mortales y tenemos que comer”. Claro que el autor del libro de las querellas no se propuso con su eutrapélico discurso más que divertirse y divertir a sus oyentes, pero no faltaron luego — dice la historia o leyenda — necios cortesanos que lo tomaran en serio. ¿Necios? Acaso no, sino que aparentaron seriedad cultivando la hiperironía. Que llegó hasta la “epiperironía”... ¡el colmo de los colmos!

Oíamos una vez contar a un muy elevado personaje como siendo niño se entretenía en adiestrar cochinos en una casa de campo haciéndoles pasar por el aro y cómo uno le dió una vez en la cara con la jeta, y añadía que si él, por superstición, creyese en la metempsicosis habría supuesto si el alma de alguno de sus antepasa-

dos, encarnada en el animalito, iba a saludarle. Y pensamos, al oír el relato, que el cochino gruñendo dijo al pasar el aro: “¡Marchemos, francamente, y yo el primero, por la senda constitucional!”; pero como lo dijo en cerdo, y no debía de haber allí truchimán de este interesantísimo lenguaje, no fué entendido. Lucio, el de la novelita de Luciano de Samosata, convertido en burro quería invocar a César, pero no lograba sino rebuznar.

La ironía es peligrosa, muy peligrosa si no se sabe mantenerla a punto; trasciende a hiperironía, ¡y adiós! volóse. Es como decir, por ejemplo, que al que se ha jugado varias veces la vida no se le ha de cojer en falta, cuando son precisamente los que se la juegan los que faltan más y no pocas veces al jugársela y en jugársela. Eso es hiperirónico puro.

Aquel formidable ironista que fué Pablo Luis Courier, gran conoedor de letras helénicas, amén de las de su patria francesa, decía una vez, en 1820, poniéndose serio, que “el que muere por su país hace menos que el que rehusa gobernar contra las leyes”. Esta, como se ve, no es ironía; pero precisamente por no serlo no corre riespo de pasarse a hiperirónico. Que es lo que de bueno tiene, entre lo mucho que de malo en tierra lo serio.

Pero ahora nos percatamos de que también nosotros vamos a ponernos aquí muy serios, seriedad que resultaría hiperirónica, y eso se lo dejamos a don Antonio Maura y Montaner, gran maestro de hiperironía académica, sobre todo cuando volviéndose a algún retrato que tiene a la espalda provoca los vivas alborotados del auditorio mesnadero. Que como son vivas gritados a maurista no sabemos, a falta de truchimán ladino, lo que quieran decir. ¡Cualquiera entiende ese dialecto! Es de lo más enrevesado de percanzar.

¡Ay, la ironía, señor, la ironía, qué arma tan demoleadora pero de qué difícil manejo! Mucho más que el de una escopeta para matar, por juego, pichones y pichonas. No es lo peor el que se le dispare a uno por la culata hiriéndole; lo peor es que, por sobrecarga, no dé en el blanco y aca-

so ni tire. Que esto y no otra cosa es la hiperironía. Es pasarse de eutrapélico y regocijante.

Como lo fué en aquel legendario discursete el cuadrito de una especie de Jauja en tiempos de Tapainga Yupaungue.

En uno de sus “Diálogos de los muertos” del susomentado Luciano cuando se presenta para pasar al otro mundo, el de los difuntos, el de las praderas de gamonas, un filósofo con sus crespas y recias barbas vírgenes, Menipo el cínico dice que hay que afeitarse las barbas, Hermes o sea Mercurio que lo hará Menipo mismo con un hacha de carpintero de ribera afilándola en la pasarela del barco, y como Menipo diga: “No, Hermes, si no, dame una sierra; tendrá más chiste”, Hermes, con finísimo sentido ático, le responde: “¡Basta el hacha!”

Sí, señor, sí, para afeitarse ciertas caras, de filósofos y de otros que no lo son tanto, no hay menester de sierra; basta el hacha. El hacha es la ironía; la sierra la hiperironía. Ahora, que una navaja de afeitarse vista al microscopio parece una sierra. Y si no, no cortaría. El filo absolutamente derecho y continuo resbalaría. Y por otra parte parece que la sierra se originó, allá entre los trogloditas acaso, por evolución — ¡y esto sí que es ciencia! — del cuchillo mellado.

Y si se le rapa a uno las barbas con hacha mellada, se le puede hacer ronchas y aun túrdigas, como no sea que tenga caparazón de galápagos. Que hay ironía con mella. Y además, depende del unto o menjurje que va en el enjabonado. Mas de esto otra vez, que hay más días que longanizas.

Pero las más de las hiperironías no son de sierra. La del discurso de que discurríamos no es de sierra, y ello aunque se pueda con él sacar serrín, y aunque estuviese mellado.

¡Sí, sí, es muy peligrosa la ironía! Por algo se dice: Lengua de hacha. Y no de sierra.

MIGUEL DE UNAMUNO

